

BIBLIOTECA

*Les Grandes Films*

La Novela Semanal Cinematográfica



Maternidad

por  
HENRY PORTEN

50 cts.

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

MUTTER UND KIND

1929

# MATERNIDAD

Sentimental asunto,  
interpretado por la bella y genial actriz  
**HENNY PORTEN**



EXCLUSIVA DE

**PRINCIPE FILMS, Sdad. Ltda.**  
SAN SEBASTIAN

PARA CATALUÑA, ARAGÓN Y BALEARES

**J. CAVALLÉ**

Aragón, 225, prof. - BARCELONA

Prohibida la reproducción

Revisado  
por la censura gubernativa

J. HORTÁ, Impresor. - Cortes, 719 - Barcelona

# MATERNIDAD

## Argumento de la película

En Breton, la ciudad serena y señorial, vivían los Hanneau, propietarios de terrenos en diversas comarcas y de una de las más famosas compañías de buques mercantes.

El actual descendiente de la noble familia, dueño y señor único de la fortuna de sus mayores, no era, a pesar de todo, feliz.

Casó lleno de amor y esperanza, encontró la dicha más completa con su adorada esposa... vino al mundo una hija que colmó la ventura del



matrimonio... pero la Muerte no quiso respetar tanta alegría... Una horrible noche el ángel voló hacia el Cielo.

Todos los tesoros, todos los honores dárlos de buen grado el Conde por recuperar a su hija desaparecida en las tinieblas del "para siempre".

La Condesa, bella y bondadosa mujer, estuvo, a la muerte de su fruto, a dos pasos de la locura. Nada podía hacerle olvidar la tragedia, y con perseverancia que llenaba de dolor al esposo, buscaba a la niña que no había de volver, hablando sola, por el castillo, llorando horas y horas acariciando los juguetes de la criatura y contemplando su retrato que pendía de la pared en sitio de honor.

El Conde se esforzaba en consolarla.

—Margarita, ¿por qué sufres de esa manera? Estaba escrito que debíamos pasar por tan duro trance, y hemos de saber reaccionar.

—No puedo, Miguel, no puedo... ¡Siento una pena tan honda!... ¿Por qué se murió la niña? ¿Por qué no permitió Dios que me muriese yo?

Calla, Margarita, calla... Tú, sin tu hija, puedes olvidar... Tu hija, sin ti, no hubiese gustado nunca la ternura de una madre.

—Mi pobre Miguel... Tan bueno... tan bue-

no... y sufrir tanto, por lo que yo sufro y por que se fué la niña...

—Por eso te pido que trates de olvidar...

—¡Oh, Miguel! ¡Qué horrible suplicio el mío, convencida como estoy de mi esterilidad después del nacimiento de nuestra única hija!

—Lo reconozco, Margarita... pero nada podemos contra las leyes naturales...

De día en día la obsesión de la Condesa era más inquietante.

El Conde llamó al doctor de cabecera y consultó con él el caso.

—Es difícil convencer a la señora Condesa de que cierre los ojos al pasado. El recuerdo de la niña subestirá en ella hasta la muerte... si no encontramos un medio para alejar la dolorosa remembranza...

—¿No se le ocurre a usted nada, doctor?

—Sí, y creo que ello nos dará buen resultado. Verá usted, señor Conde. Así como a ciertos locos sana una aparición... a la señora Condesa podría sanar otro hijo.

—Pero... usted ya sabe que...

—Otro hijo, niño o niña, de la edad de la hija desaparecida, que no sería de los señores Condes... pero que representaría que lo era...

—Comprendo. Un alijado.

—Un ahijado, eso es.

—No es lo mismo que un hijo... pero en vista de las circunstancias, acepto su consejo, doctor. Sin embargo, no me parece fácil encontrar un hijo en condiciones satisfactorias para nosotros.

El señor Conde quiere decir que el hijo que él adopte no se separará nunca de su lado, exactamente igual que si fuese suyo, ¿verdad?

—Exactamente igual, pues como si lo fuera lo trataremos siempre mi esposa y yo.

Yo encontraré lo que el señor Conde desea. Conozco a una familia muy pobre, y me atrevo a creer que esta misma tarde tendrá la señora Condesa el alivio que reclama su amargura.

—Si tal hace, doctor, le quedaré eternamente agradecido, pues no hay en el mundo nada que me importe tanto como la paz en el espíritu de mi esposa y la alegría en su corazón.

El médico puso manos a la obra su segunda, y unas horas después, regresaba al castillo con un niño precioso.

El Conde había enterado ya a la Condesa de lo que hablara con el doctor, y la infeliz madre esperaba al hijo adoptivo con ansiedad. ¿Sería hermoso? ¿Se parecería a la niña desaparecida?

Al verla, su corazón de mujer destorbó de

cariño. El niño era... un niño. Eso era bastante. Todos los niños son iguales.

—¿Cómo te llamas, alma mía?

—Riquín — contestó por la tierna criatura Petra, la criada que lo presentó a la Condesa.

—Ven a mis brazos, Enriquín, que aquí todos vamos a quererte.

Margarita, recordando a su hijita, abrazaba con toda su alma al niño; y en sus caricias parecía encontrar consuelo.

Petra se asoció a la alegría de la Condesa, y caminaba a gatas por el suelo para que el niño se riera.

En tanto, el Conde y el doctor se felicitaban, en el comedor, de la buena impresión causada a la Condesa por el niño.

—Es casi seguro que la señora Condesa aceptará adoptar al pequeño, y ya verá usted, señor Conde, como la felicidad vuelve a esta casa.

—¿Cuánto lo deseo, doctor!

Margarita, contemplando al niño divirtiéndose con Petra, la cariñosa criada, sonreía y se decía que le gustaría si era de buena familia.

Un poco después, tomando en sus brazos al niño, la Condesa miró, a través de la puerta de cristales que separaba una salita del comedor, a su esposo en plática con el doctor; y pensaba en



que viéndola a ella dichosa, él lo sería también.

—Sí, sí; adoptaré al niño — murmuró.

Un joven muy elegantemente vestido y con aire de conquistador llegó a la puerta de la señorial casa. Detrás suyo otro hombre, humilde-



*Un poco después, tomando en sus brazos al niño, la Condesa miró, a través de la puerta de cristales que separaba una sala del comedor, a su sobrina en plática con el doctor.*

mente compuesto y con cara de necio, esperaba, en la calle, entrar en el castillo.

El joven, sobrino de los Condes, miró al des-

conocido al tiempo que abrió la puerta; y cuando ésta estuvo abierta, el buen hombre se introdujo antes que el familiar en la casa, sin pedir permiso ni decir quién era.

El joven le dió alcance en las escaleras de las habitaciones de los Condes.

—¿Qué desea usted? ¿Por qué entró de ese modo?

—Quiero hablar con el señor Conde.

—¿Quién es usted?

—El padre del niño que el señor Conde quiere adoptar.

—¿Que mi tío quiere adoptar un niño?

—¡Ah! ¿El Conde es su tío? Pues vengo a ver a su tío. ¿Dónde está?

—Aguárdese aquí; voy a avisarle.

El sobrino de los Condes saludó a su tío y al doctor.

—¿Hay un niño en la casa? — preguntó el elegante muchacho al Conde.

—Sí. Hemos decidido adoptarlo.

—Pues el padre de ese niño desea que usted lo reciba.

—¿Qué querrá ese hombre? — preguntó el Conde al doctor.

—No sé.

¿No quedó ya todo arreglado entre la madre del niño y usted, doctor?

—Todo, señor Conde.

Bien. Recíbele usted y vea qué quiere.

El padre del niño no esperó a que nadie saliera a indicarle que podía entrar en el comedor. Al pasar por delante de un mueble sobre el que había un cepillo para el pelo, de plata toda la montura, no titubeó en apropiárselo, pensando en lo que le pagarían al empeñarlo.

Buenas tardes, señores — saludó al aparecer ante el Conde, el sobrino y el doctor.

¿Es usted el padre de Enrique? — díjole el Conde, examinándole detenidamente.

—El mismo, señor Conde.

Le supongo a usted enterado de nuestra pretensión con respecto a su hijo.

Sí, señor, mi mujer me ha puesto al corriente de todo.

La Condesa, que acababa de encargarse a Petra que acostase al niño, se reclinó en aquel momento con su esposo, quien le dijo:

Este buen hombre es el padre del que queremos recibir como a hijo nuestro.

Como su marido, la Condesa miró atentamente, con desagrado, al visitante.

—Tanto gusto — dijo éste —. Quién iba a

decir que el angelito... La suerte viene cuando menos se espera. Y ya que ha venido, tan mesurada, todos debemos participar de ella. Digo... porque se me figura que si para la criatura va a ser todo esto, el día menos pensado, al presente sus padres deben cambiar de situación. Esto es lo que yo creo que ustedes habrán pensado.

Los Condes cambiaron una mirada que significaba que su decepción era grande.

Al mismo tiempo el sobrino descubría en un bolsillo del padre del niño el cepillo robado; y, quitandoselo, le reprochó duramente su conducta.

La Condesa había tomado una inquebrantable decisión, y contestó así al padre del niño:

—En las condiciones tan interesadas que usted estipula, no seremos nosotros los que adopten a su hijo. Se lo puede usted llevar ahora mismo.

—Pero...

—¡Ni una palabra más!

Era lo más sensato. El niño pagaba las consecuencias de la codicia del padre, que no estaba acostumbrado al trabajo.

El sobrino, a quien aquel hombre había resultado altamente antipático, encargóse de expulsarlo, vigilándole hasta la puerta... por si se apoderaba en camino de algún objeto de valor.



—¿Dónde está el niño? — dijo el padre antes de salir.

—Un criado lo llevará a su madre. No se preocupe usted tanto por él.

Enrique, acostado por Petra, pasaba la noche en el castillo. La Condesa no quiso que lo vistiesen de nuevo para mandarlo a su casa, pues tuvo lástima de la inocente criatura. Pero al día siguiente se cumplió su deseo de no adoptarlo, pues lo contrario sería un peligro, temiendo el niño el padre que tenía.

El desencanto sufrido por la Condesa avivó más el recuerdo de la hija muerta, y como otras veces, tal vez con mayor dolor, alejóse hacia las habitaciones que aquella ocupara y entregóse al suplicio de recordarla en los más insignificantes objetos.

Tampoco en la cuna de la rica mansión reinaba la felicidad. Mientras los señores sentían la nostalgia de la hija perdida, Juan, el cochero, muchacho alto, fornido y ambicioso, pensaba en otras tierras lejanas que le hacían soñar despierto.

Petra era novia de Juan. Ella le quería con delirio.

Preparando estaba la criada el biberón que

debía llevar a Enriquín, cuando vio a Juan de mal humor.

—Juan, ¿en qué piensas? — le preguntó toda ternura.

El mocetón sentóse ante una mesa y abrió unos libros de gran tamaño, hojeándolos con curiosidad.

—¿En qué piensas? — insistió Petra sentándose a su lado, ya listo el biberón, que depositó sobre la mesa "de lectura".

—Piensa en otra vida mejor — contestó Juan. — En la Argentina, donde puede que encuentre la fortuna, que jamás podría encontrar aquí.

No seas ambicioso, Juan...

Lo que no quiero es ser cochero por más tiempo. Mi espíritu no se aviene con esta vida estúpida.

—¿Y sería capaz de marcharte, dejándome aquí sola, casi abandonada?

Quiero ganar dinero, Petra... para casarme. Si me marcho, volveré.

—No, Juan — sollozó la linda criatura — Yo no quiero que te vayas.

Casualmente fijóse Petra en que había perdido el anillo de compromiso que le regalara Juan, y comentó, intensamente afligida:



Me daba el corazón que hoy me iba a pasar algo, y ya me ha pasado. He perdido el anillo.

—Dudas de mi cariño, y no te he dado motivo.

—Pero quieres marcharte.



—El cariño lo puede todo, Juan. Otros viven con lo mismo que tú ganas.

—Porque no puedo resignarme a ser toda la vida un humilde cochero sin derecho a tener mi mujer en casa, por lo menguado de mi sueldo.

—El cariño lo puede todo, Juan. Otros viven con lo mismo que tú ganas.

—Yo quiero más, mucho más, para ti.

—Yo me conformo contigo, Juan.

—Déjame... No me atormentes, mujer.

—¿Qué ven mis ojos!

La lámina del libro que hojeaba Juan representaba varias indígenas de regiones salvajes, mostrando casi todo lo que la naturaleza les dió.

—¿Todas las mujeres de la Argentina usan tan riquísima ropa como éstas? Ahora me explico por qué quieres dejarme.

Arrebatándole enérgicamente el libro, Petra continuó:

¡Pues no, y no! Yo te aseguro que si estas mujeres son las que te hacen pensar en aquellas terras, no irás, porque yo sabré impedirlo.

No divagues, Petra. Ya te he dicho cuáles son mis intenciones.

¡Mientes! ¡Mientes!

Aquí no encontramos más que afecto, y eso no es bastante. Un hombre debe pensar en el mañana.

Juan contestó con firmeza. Petra no insistió en defender su amor. Eloraba.

—Vamos, mujer... no seas tonta.

—Déjame... Ya que no me quieres, deja que llote en paz.

Petra no olvidaba a Enrique, y como el bibe-

rón ya estaba tibio, es decir, en condiciones de ser bebido por el niño, separóse de Juan para ir a la habitación donde había la cunita.

Cuando iba a salir de la cocina, tropezóse Petra con el doctor, que acababa de sorprender las últimas palabras de ella con Juan.

El médico, cuyo apetito era insaciable, había encontrado en un bulto elaborado por Petra, el anillo de compromiso regalado por Juan. No sabía de quién era tal anillo, pero, preguntándolo en la cocina, encontraríase al dueño.

—Es mío, doctor — dijo Petra, con alegría.

—Juan es tu novio, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y acabáis de disgustaros, ¿no?

—Quiere marcharse a la Argentina.

Habían salido de la cocina.

—¿Por qué, Petra?

—Y yo también me marcharé con él...

—¿No estás contentos de los señores Condes?

—Juan quiere casarse conmigo y no tiene dinero.

—Ah! Vamos... Queréis casaros y no se le ocurre nada mejor a tu novio que ir a pescar el dinero lo más lejos posible. ¿Qué locos sois los jóvenes!

No, doctor, yo no soy loca. Yo no quiero que Juan se vaya. Pero si él se empeña... como yo le quiero mucho...

Para casaros no es necesario que nos abandonéis. Os podremos ayudar, seguramente, satisfaciendo así vuestra natural pretensión.

—¿De veras?

—Yo hablaré de vuestros amores a los señores Condes.

—Y... ¿qué dirán, doctor, qué dirán?

—Se alegrarán de vuestra intención. Os queréis mucho, ¿eh? Ya se te ve. Y... ¿te gustan los niños?

—¡Mucho!

—Es natural... es natural...

El doctor sonreía viendo alejarse a Petra hacia la habitación donde Enriquín lloriqueaba.

La Condesa estuvo junto al niño, pero no quiso prolongar su estancia en la habitación, para evitar que, encariñándose con la criatura, no tuviera luego el suficiente valor para ver como se la llevaban a casa de sus padres.

El doctor entrevistóse con el Conde.

—¿Qué ocurre, que le ves tan risueño, doctor?

—Señor Conde, creo haber dado con unos perfectos padres para el hijo que quiere usted adoptar.



—Ya sabe usted lo que le he dicho... Es necesario, imprescindible, que, antes de adoptar un niño, sepamos quiénes son y cómo piensan sus padres.

Los padres que yo acabo de encontrar no pueden reunir mejores condiciones para complacer al señor Conde.

—Lo celebro... ¿De qué matrimonio se trata?

—¿Qué le parece al señor Conde la pareja Juan-Petra?

—Excelentes muchachos los dos.

—Pues Juan y Petra desean casarse, pero no tienen recursos para ello.

—Y solicitan mi ayuda...

—No y sí, y sí y no. Al enterarme de los propósitos de esos dos jóvenes, y de la ambición de Juan, que pretende marcharse a la Argentina para hacer fortuna, pensé en algo trascendental... Petra quiere tener hijos... ¿Empieza a comprender el señor Conde?

—Sea usted breve, doctor.

—Proteja el señor Conde ese casamiento, y ofrezca a Juan y Petra una finca y algún dinero, a condición de que usted pueda adoptar el primer hijo que tengan.

—¡La idea es magnífica, doctor! De mil amores los protegeré cediéndoles lo que sea, a cam-

bio de su primer hijo. Pero... ¿puede usted que aceptarán?

—Yo me encargo de todo. La ambición de Juan quedará satisfecha, y no sabrá negarse a que su primer hijo pase a poder de los señores Condes, teniendo en cuenta que ustedes lo considerarán como heredero.

La Condesa fué puesta al corriente de la idea del doctor, y en su afán de tener un hijo, aceptó recibir, a cambio de riquezas, al primogénito de los criados, apenas nacido, para bautizarlo como suyo.

Juan amaba a Petra. Al quedar solo en la cocina se arrepintió de haberla hecho llorar, y como sabía donde estaba, fué a su encuentro.

Petra sufría pensando en que su novio podía olvidarla.

El niño, en la cuneta, se resistía a dormirse, extrañado del cambio de habitación y leche.

Petra... — murmuró Juan al llegar junto a la enamorada.

—¿A qué vienes? ¿A martirizarme más?

—No, Petra... A decirte que yo también te quiero.

Se abrazaron.

—No te marcharás, Juan?

—Ya veremos, Petra... Si no cambian las cosas...

—El doctor me ha prometido que los Condes nos ayudarían...



—...Entonces me dijo que, si los señores Condes se enteraban, nos ayudarían... y que él se encargaría de enterar de todo a los señores...

¿Se han enterado de que yo quería marcharme?

El doctor, cuando vino a la cocina, me devolvió el anillo que yo había perdido y que él encontró en un bulto. Como yo estaba triste y,

al parecer, sorprendió nuestro enfado, me dijo si éramos novios, y yo le dije que sí, pero que tú querías marcharte porque no tenías dinero para casarte. Entonces me dijo que, si los señores Condes se enteraban, nos ayudarían... y que él se encargaría de enterar de todo a los señores...

Si fuera cierto... Con las riquezas que ellos tienen...

El doctor y los Condes, buscando a los novios, los sorprendieron, sin ser vistos, besándose con verdadero amor.

...Y quedó convenido que, ya que se querían tanto... Juan y Petra debían casarse a la mayor brevedad posible.



\*  
\*\*

No anduvo equivocado el doctor al abrigar la seguridad de que Juan aceptaría la condición sine qua non que imponían los Condes para convertirse de cochero en propietario, y, por consiguiente, en esposo de Petra.

Como garantía del cumplimiento de su palabra, empeñada sin variación, Juan firmó el siguiente documento el mismo día de su boda:

*De acuerdo con don Miguel Hermisen, y a partir de hoy, la finca denominada "La Montaña", pasa a ser de mi propiedad mediante el pago estipulado de 50.000 pesetas, pagaderas en dos anualidades. Si pasados los dos años no hubiera satisfecho la cantidad señalada, la finca denominada "La Montaña" pasará a ser de don Miguel Hermisen sin que por mi parte tenga derecho a reclamación alguna.*

*Juan Hermersson*

Inmediatamente después de casados, Juan y Petra se instalaron en su finca.

Petra desconocía en absoluto la existencia del contrato por el cual Juan se comprometía a abonar 50.000 pesetas, cantidad imaginaria que correspondía a la entrega, en un plazo de dos años, del primogénito de los criados. Tan pronto como el hijo llegase a manos de los nobles, quedaría cancelada la deuda ficticia. De no llegar dicho hijo, la finca pasaría de nuevo a poder del Conde.

Juan era muy feliz. La finca "La Montaña" constituía el segundo gran cariño de su vida.

El primer cariño, al que dedicaba todas sus atenciones, era su adorable Petra, que tenía para él una irresistible fuerza de atracción.

Y esa doble satisfacción era el mejor estímulo de Juan, puesto que de igual modo le hacía atender a su mujer que a su segundo amor: la inolvidable finca.

Trabajaban juntos de sol a sol, afanoso Juan de sacar el mayor provecho posible de la tierra.

Petra le interrumpió en su trabajo aquella espléndida mañana de primavera.

— Contempla estas primeras flores, que todo no ha de ser trabajar.

Juan abandonó el arado y fué a sentarse al

lado de su mujer, más bella y más risueña que nunca.

Se querían con pasión, con los sentidos y el alma.

Jugaban siempre como dos niños.

Contemplando la verde llanura que se ofrecía a sus pies, dijo Petra a Juan:

—¿Esa pradera que admiramos todos los días nos pertenece también?

—Todo es nuestro, Petra... pero en realidad no nos pertenece nada.

—Si los señores Condes quisieran, podrían disponer de nuevo de lo que nos dieron, ¿verdad?

—Según, Petra, según...

Y Juan pensaba en la sorpresa que deseaba que Petra le diese lo antes posible, para tener la seguridad de que todo era suyo y muy suyo.

Vecino del joven matrimonio era un zapatero, irónico por temperamento y filósofo a la fuerza, que vivía con su mujer, "dulce" cara mitad que "azotaba" más que un ciclón, y con su atemorizada prole.

El zapatero había visto desde una ventanilla de su vivienda a Juan y Petra prodigándose caricias. La escena le gustaba y se recreaba en su contemplación.

La zapatera gritó a su hombre:

—¿Qué haces ahí, entrometido?

—No te enfades, niña. Ven acá, "frágil muñera", pichona de mi corazón.

—Déjame en paz.

—¿Quieres ver algo delicioso? ¿No te dice nada esta espléndida primavera que hace latir hasta los corazones viejos?

—¿Acaso no tengo bastante contigo, grandísima "primavera"?

—Imita los bellos árboles, mujer, engalánate como ellos, rejuveneciendo tu corazón, y ya verás lo que yo te quiero.

—¿Sabes lo que te digo, Hermenegildo? Zapatero a tus zapatos, y no me hagas hablar si quieres que tengamos paz.

Pero el zapatero, torpudo como él solo, se empeñó en brincar con su cretilla, y corrió el riesgo de dejar el resto en sus manos.

Un zapato, dirigido con torpeta por la zapatera al zapatero, saltó al campo por conducto sin hilos, cayendo a los pies — era lo más indicado — de Juan, que, separándose de su es-



posa, pasaba por allí con dirección a su establo.

— ¡Caray! Si me da en la nariz, me luego — dijo aquél.

Y sospechando que había disputa seria en casa del zapatero, entró para procurar reconciliar a las partes.

Los niños, en número de cinco o seis o siete — contándolos se perdía la cuenta — estaban escondidos detrás de los muebles, para evitar disparos mal dirigidos.

— ¡Otra vez peleándose! ¿Qué pasa?

La zapatera, al ver a Juan, suspendió la disputa con su marido y lo recibió con cajas destempladas.

— ¡Largo de aquí, que nadie reclama sus consejos!

Muchas gracias. Y, vaya, que no sería yo quien tolerase a mi mujer lo que a usted le tolera su marido, señora Nicolasa.

Me gustaría verlo, buen mozo.

Déjela usted, Juan. Cuando se pone así, no respeta ni a la caballería.

La zapatera, roja como una amapola, no depositó su actitud hostil, y Juan creyó que lo más prudente era irse.

Al llegar a su casa, Petra estaba preparando la comida.

Juan, alcanzándola sobre la punta de los pies, la asustó abrazándola bruscamente.

— ¡Déjame! ¿Qué manera de saludar!

— ¿Te enojaste conmigo, Petra? ¿Es posible?

— Déjame ya. Eres más brusco.

— ¡Qué extraña estás, Petra! Tan amable que estabas conmigo hace poco... ¿Qué te ha sucedido durante la corta separación?

— Nada. ¿Qué había de sucederme?

— Bueno, mujer... Es la primera vez que me tratas así. ¿Te he hecho yo algo malo?

— ¡Qué pasado te pones con tus tonterías!

Oye, oye, Petra. No me gusta que me hables así.

Pues cállate, y asunto terminado.

— Dame un beso. ¿Qué es eso de estar riñendo tú y yo?

— No. Déjame de una vez.

— ¡Basta! No sabía que fueras lunática, y me marcho.

— Adiós.

— Y no volveré hasta cuando se me antoje.

— Como quieras.

— Para ti, como si no se fuera nadie, ¿verdad?

— No me mareas más, Juan, y vete ya.

— Me marcho, sí, porque no respondo de mi paciencia.

Apenas Juan hubo salido de su casa, furioso por la inexplicable conducta de Petra, ésta rompió a llorar.

¿Qué significaba aquel cambio tan repentino en ella respecto a su esposo?

Juan dirigióse a la taberna del lugar, único sitio donde se reunían los campesinos a ciertas horas.

El zapatero, para olvidar el mal rato pasado con la propia, también encaminóse a dicho establecimiento, encontrando a Juan en el camino.

—¿Adónde va usted, Juan?

—Seguramente al mismo sitio que usted.

Pues vamos juntos, si le parece.

Durante el trayecto no cambiaron una sola palabra. Cada cual tenía un pensamiento fijo.

Un poco después, en la taberna, rompiendo el silencio, el zapatero, entre bocanada y bocanada de su atiborrada pipa, habló de su mujer. De unos días a aquella parte la costilla la había tomado con él. ¡Y le daba cada chuleta!

Juan, disgustado como estaba, se decía con rencor que él no soportaría ninguna impertinencia de Petra.

—En cambio, usted puede estar satisfecho. Como su mujer hay pocas — le dijo el zapatero.

—Fíese usted de la Virgen y no otra.

—¿Qué puede usted decir del cariño!

Lo mismo que usted.

No, Juan, se equivoca usted. Yo puedo hablar y le digo que cuando las mujeres nos dan esos ratos es porque nos quieren.



—No, Juan, se equivoca usted. Yo puedo hablar y le digo que cuando las mujeres nos dan esos ratos es porque nos quieren.

—¡Vaya una manera de querernos!

—Sí, Juan, sí... Tenga usted por seguro que cuando las mujeres nos parecen menos comprensibles, a través de sus actos, es porque están próximas a aumentarnos la familia.



Los ojos de Juan brillaron de alegría.

—¿Eso reza con todas?

—Casi, casi.

—Entonces... entonces...

—¿Qué! ¿Hay novedad?

—Voy corriendo a casa. Petra me está esperando. Condió.

Juan habíase levantado precipitadamente de su silla, y arrojando unas monedas sobre la mesa, para pagar las consumiciones, emprendió corriendo el regreso al lado de su mujer.

El zapatero se reía. Petra y su Nicolasa se encontraban en el mismo caso.

Juan, de vuelta al hogar, observó a Petra, decidido a hacerle confesar la verdad que se anunciaba...

Encendió su pipa, echándole el humo a Petra.

—¿Te has propuesto llenarme de humo toda la casa? ¡Y cómo apesta este tabaco!

—Dejaré de fumar, mujer.

Cesó de fumar y tocó un acordeón.

—¡Por Dios, Juan! ¡Basta de música desagradable!

Juan no podía dudar más de la opinión de su vecino.

—Observo que el zapatero conoce muy bien a la mujer.

—¿Qué sabe el zapatero de la mujer, si es nacido perdido!

—Te equivocas. El os conoce muy bien y recibe vuestras cosas con conformidad.

—¿Qué cosas?

—Las que... vaya... ¿Por qué no me lo decías antes?

—¿Qué tenía que decirte?

—La zapatera tiene no sé cuántas docenas de lijos... y... y dentro de poco aun tendrá más...

—¿Y tú, Petra, qué me dices? ¿Supones que...?

—Yo no supongo nada.

—¡Mírame, alma mía! ¿Es verdad... es verdad?

—Eres muy tonto.

—¿Sí, Petra, sí? ¿Vamos a ser padres?

Petra le miró furtivamente, y burlando su rostro contra el pecho de Juan, rumoreó, ruborizándose:

—Sí...

—¡Bendita seas, Petra!



Por consejo del doctor, Margarita, la Condesa, se trasladó a Venecia, para esperar el nacimiento del niño o niña que iban a adoptar.

Convenía que nadie pudiese sospechar que el hijo no era suyo. De modo que no regresaría a Bremen sino un tiempo prudencial después del nacimiento del fruto de los amores de Petra con Juan.

El Conde, que seguía en Bremen, pensaba en el hijo que no tardaría en llegar, y como su sobrino era un disipador incorregible, ansiaba tener un heredero digno de su fortuna, pues ésta, a falta de otro pariente, correspondería al vicioso joven.

Y fué pasando el tiempo, esperando unos y otros la aparición, en el mundo de los injustos, del inocente niño.

Hasta que, una noche de invierno, cuando la nieve blanqueaba los campos y los montes, la señora Nicolasa y Petra coincidieron en manifestar los dolores de la maternidad.

Juan, desconcertado, estimulaba a Petra a ser valiente, y mandó llamar a la buena mujer que cumplía abnegadamente su misión de dar la bienvenida a los angelitos, mostrándoles por vez primera el mundo.

El zapatero, a pesar de la costumbre, sentíase débil y sin voluntad en trances tan críticos para su Nicolasa.

No le importaba el aumento de la familia, sino los sufrimientos de su mujer.

Muy resignado, el buen hombre preparó la cunita, y como Petra iba algo adelantada a Nicolasa, cuando se anunciaba el momento supremo en esta última fué a casa de Juan, para llevarse a la especialista.

Petra acababa de dar tres gritos consecutivos que helaron la sangre de Juan, y oyóse poco después el que dió la mujer que la asistía.

¡Un niño!

Juan, temblando de emoción, entró en la cá-



mara donde reposaba la sublime esposa, y tomó a su hijito en sus brazos, acariciándolo lleno de ternura.

El zapatero entró en la casa, junto a cuya puerta los vecinos comentaban con júbilo el resultado del acontecimiento.

Al verle, Juan, desde detrás de la puerta de la cámara conyugal, le mostró al pequeñuelo.

—Mírelo. ¡Es bello como su madre!

Pero el zapatero no podía detenerse. En su casa su Nicolasi le estaba esperando llamándole sin cesar.

—Venís en seguida — dijo a la especialista.

No corra, no corra, que a lo mejor la sorpresa está todavía en Filipinas.

¡Por favor! No me tome usted el pelo. Tengá usted en cuenta que, si no satisface mi súplica, pues la cosa no admite demora, nunca más la volveré a llamar. Perdería usted el mejor cliente.

La nota de buen humor contrastaba con la impaciencia del pobre hombre.

—Vámonos, vámonos — dijo la mujer, sonriendo.

Una hora después, Nicolasi se había quitado un peso enorme de encima.

—¡Jesús! — exclamó el zapatero. — ¡Dios! ¡Será ahora moda tenerlos por parejas!

La madre, olvidándose de sus sufrimientos... y de lo mucho que la hacían rabiar los otros hijos, acariciaba a los dos recién nacidos con la misma ilusión que si fuesen los primeros. ¡Es tan dulce ser madre!

El zapatero, en tanto, contaba las bocas y añadía varios pares de zapatos a los que ya tenía señalados diariamente para que los ingrese bastasen a los gastos.

Juan paseábase nerviosamente por su casa. Arribaba de depositar al niño en la cama, junto a Petra, a la que él quería más que nunca.

Su hijo habíale turbado en extremo. No creía que su llegada le causase tanta alegría y tanta emoción.

Si ya era feliz con Petra, ¿cuán mayor no sería su felicidad con el lazo de unión de carne!

Pero el niño era suyo y no lo era. El niño debía ser entregado a los señores Condes.

Sí, Juan había empeñado su palabra. Todo el

bienestar de que su mujer y él disfrutaban, lo debían a su hijo desde antes de que éste naciera.

Escribiría inmediatamente a los señores. Era preferible renunciar en seguida al niño, para que la separación fuese menos dolorosa.



*Levantóse de su silla, reunióse con Petra y su hijo, arrodillándose junto al lecho sagrado, y acariciando a la madre y al niño...*

Haciendo un gran esfuerzo, sentóse Juan ante una mesa y se dispuso a escribir.

Le temblaba la pluma en su mano.

¿Vacilaba?

¡No! El debía cumplir lo prometido o quedarían arruinados!

A duras penas escribió la siguiente carta

Mis respetables señores:

Por la presente tengo el gusto de manifestarles que mi mujer ha dado a luz, con toda felicidad, un niño, que, seguramente, les gustará, porque es muy guapo.

Se interrumpió varias veces y ya no pudo escribir más.

Levantóse de su silla, reunióse con Petra y su hijo, arrodillándose junto al lecho sagrado, y acariciando a la madre y al niño, soltó en abundantes lágrimas su amargura, su recordamiento atroz.

Petra preguntóle, no sospechando la realidad:

—¿Por qué lloras, Juan?

—Es de felicidad, Petra... de verte a ti fuera de peligro...

Y Petra acarició a su vez a Juan, dichosa de su maternidad.



El zapatero, filósofo a todas horas, contemplaba a sus gemelos.

— ¡Benditos seáis, muñecos, aunque lloréis como condenados! ¿Qué culpa tenéis vosotros de haber llegado al mundo?

No se daba punto de reposo el buen hombre. Cuando terminaba su trabajo, y eso era tarde, dedicábase a pasear los torcos y a cantarles canciones de cuna. ¡Merced a un monumento... y unos pantalones impermeables!

Juan, pasado el momento de vacilación, cursó al señor Conde la carta notificando el nacimiento de su hijo; y el noble, de acuerdo con su esposa, redactó la siguiente participación de nacimiento:

*Los Condes de Bremen tienen el honor de anunciar a usted que acaban de tener un hijo.*

Al enterarse de la noticia, completamente imprevista, el sobrino, desilusionado, acudió a ver a su tío.

— ¿Es cierto que mi tía acaba de tener un niño?

— Sí, un niño muy hermoso. Estos últimos días lo paseé junto a Margarita, y estoy satisfecho de los cuidados que se le han prodigado en la clínica de un doctor amigo.

No dijo nada el sobrino. La desaparición de la seguridad de heredar la fortuna de su tío le dejó sin habla.

Petra había decidido que el bautizo de su hijo se efectuase al mismo tiempo que el de los gemelos del zapatero.

Juan esperaba la respuesta de los señores Condes a su carta, y la recibió por la mañana del día elegido para la ceremonia.

— ¿Qué dicen los señores, Juan? — preguntó le Petra, creyendo que su marido se había limitado a anunciar el nacimiento del niño, por cortesía.

—Es verdad que todo está dispuesto, y que el bautizo debe verificarse hoy, pero nosotros nos debemos a los señores y éstos, en su carta, nos



—Eso no me parece bien, Juan. ¿Es que siempre vamos a depender de los señores? Creen que retrasemos el bautizo hasta que ellos lleguen.

—Eso no me parece bien, Juan. ¿Es que siempre vamos a depender de los señores?

—Estamos atados a ellos, Petra. Yo debí haber obedecido mis primeros impulsos; pero fui débil, y en vez de ir a la Argentina, me encerré para siempre en estas tierras.

—Me duele oírte hablar de ese modo. No parece sino que reniegas de mi amor, que fué el que te retuvo.

—No, Petra, no... No sé lo que digo...



\*\*\*

Pasaron nueve días y los Condes no daban señales de vida. Petra se impacientaba.

Juan, por su parte, sentía agriarse cada día más su carácter. La voz de su conciencia no le dejaba vivir.

El zapatero recibió un rudo golpe del destino con la muerte de uno de los gemelos. El dolor que los humildes padres experimentaron era innarrable.

El cortejo que acompañaba al angelito sin vida a su última morada, era triste y numeroso. Para completar el cuadro escalofriante, caía una lluvia fría y persistente.

El zapatero llevaba en sus brazos el blanco

ataúd. El mismo encargábase de darle sepultura.

Petra y Juan contemplaron la dolorosa comitiva, estrechándose contra su marido Petra, llena de temor por la vida de su hijo.



*Petra y Juan contemplaron la dolorosa comitiva, estrechándose contra su marido Petra, llena de temor por la vida de su hijo.*

—¡Pobre ángel! — murmuró a su Juan— Dios no querrá permitir que a nuestro hijo le suceda nada malo, porque me muera de pena.

Juan tembló de pies a cabeza. Ante el dolor de los padres del niño muerto, comprendía el

que Petra y él... sí, él también, sentirían cuando se llevasen a su hijo.

Pero pensó en la palabra que tenía dada a sus señores y en que debía cumplirla por encima de toda otra razón sentimental.

2  
12

Las cigüeñas, con su retorno, presagaban el buen tiempo.

Temiendo que los señores Condes se presentasen de un momento a otro en la finca "La Montaña" para llevarse al niño, Juan, que se mantenía firme en su idea de cumplir su palabra, dijo a Petra, con quien se había visto obligado a sincerarse:

—Por cuanto sabes, debes acostumbrar al niño al biberón.

—No, Juan. No te obedeceré.

—¡Pues ha de ser!

—¡Nunca!

—Si lo que te importa es el niño, por bien del mismo debes obedecerme.



—No hay fuerza humana que me separe de mi hijo. De mis brazos no habrá quien se atreva a argerlo.

—De todos modos, dale el biberón. ¡Tz lo ordeno!

Petra fingió que complacería a Juan, pero alejóse hacia el establo y en él ofreció a su hijo la fuente de su vida.

Juan, la sorprendió allí contrariando su voluntad.

Era inminente una nueva disensión, pero Juan, conmovido ante el inefable espectáculo de su niño bebiendo en el pecho de su madre, no pudo protestar.

Cuando llegue el momento de la separación, confío en que razonarás mejor que ahora.

El sobrino del Conde ardía en deseos de ver a su primo, sin duda para convencerse de que éste existía, para renunciar de una vez a la herencia con que hasta entonces había estado soñando, y el Conde, entrevistándose con el doctor, decidió avisar a su esposa para que emprendiese el regreso, conviniendo en encontrarse los dos en la finca "La Montaña" un mismo día, para volver a Bremen con el niño.

El doctor cumplió el encargo del Conde.

—La señora debe ir inmediatamente a buscar

al niño de Juan y Petra, pues su sobrino ha llegado a Venecia y desea "ardientemente" ver al mecoso que le ha arrebatado la herencia.



—Cuando llegue el momento de la separación, confío en que razonarás mejor que ahora.

La Condesa desapareció en el acto, para que el sobrino no descubriese la farsa, y emprendió el viaje hacia la finca "La Montaña".

\*\*

Juan había recibido aviso de los Condes de tener preparado el niño para el día siguiente.

—Petra, los señores Condes llegarán mañana. Ya sabes, pues, que tendremos que entregarles a nuestro hijo.

—No me hables del niño, Juan. No quiero oírte hablar de él.

—Entregarás al niño, ¿oyes?

Juan obraba impulsado por la cólera que le producía el pensar en tener que renunciar para siempre a su hijo.

Su ambición, su palabra y su amor de padre luchaban despiadadamente.

Dominaba la ambición, el deseo de cumplir lo prometido, y para que su remordimiento fuese menos intenso quería que Petra se mostrase con-

firme, que fuese, en parte, cómplice de la venta del niño.

Pero Petra era madre antes que todo.

—Cuanto me digas será inútil. Mi plan lo ten-



—¡No! ¡Tú me obedecerás!

go bien trazado. Tú has podido vender a tu hijo; yo, no. Conste que no te reprocho. Me reprocho a mí misma, a mí falta de reflexión. Mi corazón



de madre embarga todo mi ser, todo mi entendimiento. Conque... ve pensando en deshacer el contrato.

—¡No! Tú me obedecerás!

—Antes que separarme de mi hijo, me pondré a servir de nuevo, haré cuanto quieras; pero lo que Dios da no tiene precio, y no seré yo quien tolere que se lo pongan.

—Piensa en que puede llegar un día en que tu propio hijo te reproche tu conducta de hoy.

—Estoy segura de su cariño. Será como el mío, inflexible también.

La disputa no pudo ser más violenta. Juan pegó casi a Petra, y cuando se separaron, quedando ella junto a la entrada de la casa, él, desde el pasillo de las habitaciones altas, le repitió de nuevo:

—¡Mañana entregarás al niño, y ay de ti si opones la menor resistencia delante de los señores!

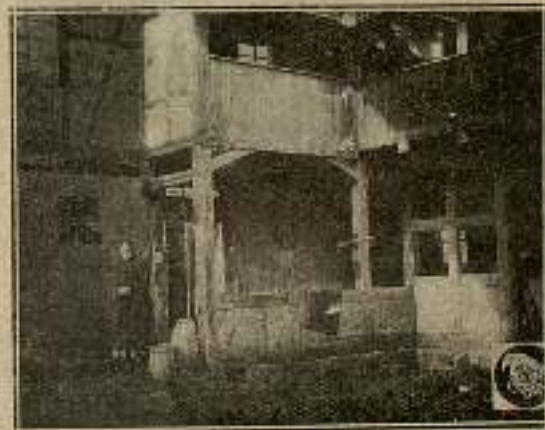
Un poco después, Juan, sofocado, salió de su casa, llegándose a la del zapatero, para que sus ideas se ventilasen durante el paseo.

En casa del remendón continuaban recordando al hijo fallecido.

Parecía mentira. Apenas nacido, todos los de la casa habían puesto su cariño más puro en el

angelito gemelo del que Dios había dejado en el mundo de los vivos.

—Buenas noches, amigo Juan. Aquí nos tiene usted dándole vueltas a nuestra desgracia — díjole el zapatero.



—¡Mañana entregarás al niño, y ay de ti si opones la menor resistencia delante de los señores!

—Estábamos tocando el fonógrafo, para distraer un poco a los niños, antes de dormirse, pero la música suena triste — comentó la madre.

Juan acercóse a la cuneta de una de las niñas

y encontró a ésta llorando. ¡Tenía el corazón de sus padres!

Ese amor tan grande, tan sublime que no había muerto ni con la muerte del insignificante ser,



*Juan acercóse a la cuneta de una de las niñas y encontró a ésta llorando. ¡Tenía el corazón de sus padres!*

conturbó a Juan, haciéndole pensar en su amor hacia su hijo.

Y como despertando de una pesadilla horrible, despidióse de sus amigos.

—Me aguarda Petra, sino pasaría un rato con ustedes.

Al regresar a su casa, Juan la encontró vacía. ¡Petra, en vista de la actitud del esposo, acababa de huir con su hijo!

Juan echó a correr hacia el río. ¿Habría sido Petra capaz de intentar contra su vida y la de su hijo para que no se lo arrebatasen nunca?

Gritaba, como enloquecido, el nombre de la mujer amada, por el bosque, cuyos ecos devolvían sus gritos, y al fin logró descubrirla, con su hijo, sobre unas maderas, a merced de la corriente del río, sin rumbo fijo, puesto que para la madre lo importante no era el lugar, sino huir, huir lejos, pues cuanto más lejos, más segura se sentiría al lado del ser querido.

Desesperado, Juan pedía a gritos a Petra, corriendo por la orilla del río, que se detuviera; pero ella, temerosa de que él la alcanzara para quitarle al niño, redoblabá sus esfuerzos con el palo que servía de remo.

Petra había depositado a su hijo sobre un montón de paja en la parte trasera de la balsa, para poder luchar libremente contra la impetuosa corriente.

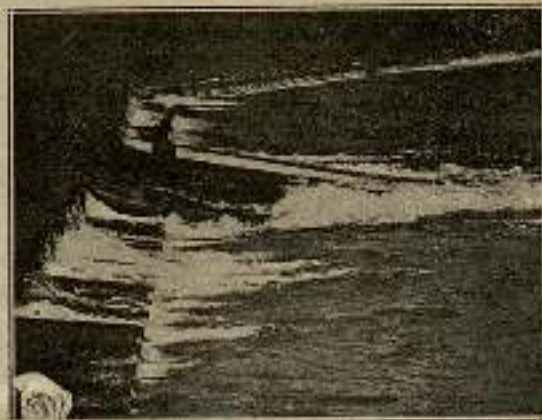
Los momentos eran de suprema angustia.

Juan, impotente ante la avalancha de agua,



observaba con horror que la balsa, a cada tropiezo, se iba deshaciendo. Si Dios no lo remediaba, la tragedia era inevitable.

El niño quedó separado de su madre, pues la balsa habíase dividido aquella vez en la parte ocupada por la criatura.



*Los momentos eran de suprema angustia.*

Petra gritaba que salvaran al niño, y para acudir en su socorro, ladeó la balsa hacia la orilla, hacia donde había ido a parar la parte que sostenía al niño, y llegó allí casi al mismo tiempo que Juan, febrilmente, cogía en sus brazos al ni-

ño, por cuya salvación se hubiese arrojado al agua, aun a riesgo de su propia vida, de no haber visto que la corriente apartaba hacia la orilla, sin peligro, los maderos que sostenían a su hijo.



*Juan había sufrido bastante aquellos minutos en que Petra y su hijo estuvieron entre la vida y la muerte, para no estar convencido de que, separándose del niño, uno y otro se morirían de dolor.*

Petra, al ver a Juan con el niño, a pesar del natural alivio, no pudo ocultar el espanto de la duda de que aquél seguía firme en su idea de

entregarlo a los Condes, y cayó traspasada de dolor en tierra.

Juan había sufrido bastante aquellos minutos en que Petra y su hijo estuvieran entre la vida y la muerte, para no estar convencido de que, separándose del niño, uno y otro se morirían de dolor.

Acercándose lentamente a Petra, le dijo:

—Toma a tu hijo! ¡Tómalo para siempre!

—¡Para siempre, Juan! ¡Mi Juan!

—Sí, Petra. Todo por tu felicidad... por la nuestra, que algo vale también.

—¡Oh! ¡Yo nunca te creí malo, Juan!

—No, Petra, no lo soy. Perdóname por haberte hecho sufrir tanto.

Y los dos lloraban.

Y se celebró el bautizo, pero sin bullicio ni ostentación, al día siguiente por la mañana.

La Condesa presentóse en la finca unas horas después:

—¡Oh! ¡Qué niño más hermoso! ¿Es mi hijo adoptivo?

Petra miraba a Juan y no soltaba al niño.

Juan habló a la Condesa:

—Señora, ante el hijo que adoramos, hemos cambiado de modo de pensar. Comprendemos que está mal; pero el amor puede más que la situación que codiciábamos.



La Condesa, ante la inesperada sorpresa, dió rienda suelta a su orgullo de noble.

—Eso está muy bien para haberlo pensado antes. Ahora es tarde. Ese niño me pertenece.

Petra defendió sus fueros de madre.



*Y se celebró el bautizo, pero sin bullicio ni ostentación...*

—¿A la fuerza me lo quiere usted arrancar? ¡Preténdalo usted, si a tanto se atreve!

Petra estaba magnífica en su gesto de rebeldía. La Condesa, al fin mujer, y recordando su dolor por la pérdida de su hijita, arrepintiéndose profun-

damente de sus palabras, y con su llanto pedía a sus antiguas y leales criadas que la comprendiesen; y dijo luego a Petra:

—¡Perdóname! Comprendo tu heroicidad. Es tu hijo. Y yo sé lo que es perder un hijo.

—Señora, no llora... Es usted quien debe perdonarnos.

Pero la Condesa insistió en su actitud humilde, enabeciendo así a Petra por sus virtudes, y la abrazó como si fuera una hermana.

Juan lloraba de alegría. ¡Ah! ¡Cuán distinta aquella hora de la que en un principio él preparara prescindiendo de todo sentimentalismo!

Ajeno a todo lo ocurrido, llegó el Conde más tarde.

La Condesa salió a su encuentro.

—Y nuestro hijito, ¿cómo está?

Ella, abrazándole, repuso:

—Nuestro hijito, en el Cielo, querido. Y el otro, con quienes debe estar; con sus padres.

—¿Cómo...!

—Ya te explicaré... aunque es fácil de adivinar. Acercaos, Petra y Juan, padres modelos. Sed muy felices con vuestro niño, y con la finca, que desde hoy es vuestra.

—Gracias, señora Condesa, gracias.

Petra quería besar su mano.

—No, Petra, tú no me debes nada. En cambio, yo, a ti, sí. Te debo la más bella lección humana. No hemos de ser egoístas, sino buenos. En la bondad encontraremos siempre consuelo para nuestras penas, ¿verdad, Miguel?

—Sí, Margarita, y nuestra hija, desde el Cielo, nos sonreirá...

FIN

*La Viuda Alegre*

*La Viuda Alegre*

*La Viuda Alegre*

*La Viuda Alegre*

*La Viuda Alegre*

Formidable éxito  
de la nueva producción de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES



PRÓXIMO NÚMERO

# Los niños del Hospicio

Según el famoso melodrama  
del mismo título.

¡ASUNTO CONMOVEDOR!

Revelación del pequeño gran artista  
CARLITOS DE BETAZA

64 páginas-Numerosas fotos-Portada a bicolor

Precio popular 50 cts.

¡Siempre las mejores películas!

COLECCION USTED  
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA  
BIBLIOTECA

## Los Grandes Films

DE  
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

*Los Hijos de Nadie*.-El tráfago de la mujer.-El melancólico de Zenda.-El joven Rouvel.-Los misterios de la mujer.-Una mujer de París.-El Corsario.-Fatale la vida.-Ograno de burgueses.-De mujer a mujer.-La Héroína Blanca.-El milagro de los lobos.-"París..." Venganzas de mujer.

Precio de cada libro: UNA PESETA

*La casa de los millores*.-Muriel.-El pecado.-Luz en tres espaldas.-Ni que reciba el infierno.-Romana.-Sanctus Mercurio.-El Fantasma de la Opera.-El trono vacante.-El Caid.-Madame Sans-Gêne.-América.-Cuando las mujeres están.-El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Cada una sus cosas.-Nobles mujeres.-Confesión de Odo.-El Bijo de Duxmager.-El difunto Matías Pascal.-La marca de fuego.-Los Hijos de Nadie.-Venganza de la vida.-La 5ª mujer de Barba Azul.-El Bijo de la Victoria.-El proceso de Nancy Preston.-Justicia gitana.-La Poupée de París.-El abanico de Lady Windermere.-Por la Patria.-Amor de Padre.-El asalto al ambulatorio de Correas.-Dichos y Guardias.-Muriel.-Boy.-La conquista del Amor.-Bajo el cielo de Montecarlo.-La Baronesa.-La Hechicera.-Maternidad.

Precio: 50 céntimos

EN PREPARACIÓN

## LOS NIÑOS DEL HOSPICIO

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

